

## Prólogo

### *La otra orilla en la memoria*

Desde los años 1950, se realizaron toda una serie de publicaciones acerca de la presencia francesa en Cuba, principalmente en el marco del convenio de intercambios fundado en 1978, entre las Universidades de Oriente (Cuba) y de Bordeaux-Montaigne (Francia). Estas colaboraciones que se desarrollaron de forma sistemática con el apoyo permanente de un conjunto de instituciones cubanas y francesas, tales como la Alianza Francesa desde su fundación en Santiago, la Cátedra de estudios franco-cubanos Montaigne-Montesquieu, la Oficina del Conservador de la Ciudad, la Oficina del Historiador, la Casa del Caribe, el Taller Cultural Luis Díaz Oduardo, la Fundación Caguayo, además de la Embajada de Francia en Cuba y la Asociación de Échanges Culturels et Scientifiques Franco-cubains (ECLFC) de la Universidad Bordeaux-Montaigne.

La obra que nos complacemos en presentar hoy al público, con el bello título de *La otra orilla en la memoria*, se inscribe en la continuidad de las publicaciones antes mencionadas, y constituirá un importante testimonio del esfuerzo colectivo y múltiple de la comunidad científica cubana y francesa. En efecto, recogerá un conjunto de trabajos presentados en los últimos años en distintos lugares y eventos. En primer lugar, en el marco de los Jueves de la Cátedra de Estudios franco-cubanos y caribeños Montaigne-Montesquieu, desde su fundación en 2012.

Otras contribuciones, en cambio, proceden de varios eventos organizados desde 2015 bajo la égida del Festival del Caribe, como el taller “Lo francés en Cuba y el Caribe” coorganizado por el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Oriente y la Cátedra Montaigne-Montesquieu con el Centro de Interpretación y Desarrollo del Café (Casa Dranguet).

A esa cosecha ya de por sí importante y muy apreciable, se agregan los aportes del evento “La otra orilla en la memoria”, organizado recientemente en Santiago de Cuba por el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Oriente, la Cátedra de Estudios franco-cubanos y caribeños Montaigne-Montesquieu y la Universidad de Bordeaux-Montaigne en noviembre de 2019.

Esta nueva publicación contribuirá a definir mejor la personalidad cultural cubana, especialmente la oriental, al proponer una serie de estudios luminosos acerca de un campo de reflexión tan importante para conocerse mejor y pensar por sí mismo, sacar especificidades culturales de la complejidad del ajiaco de su historia y del crisol de sus mestizajes. Los aportes sobre cuestiones tan torales como la visión del otro, la raza y la nación, brindarán al lector elementos a menudo innovadores para nuevas definiciones o conceptos identitarios tan necesarios a la hora de elaborar proyectos colectivos.

Pero hay más: entre los tópicos puestos a debate, de forma actualizada, se encontrarán reflexiones sobre aspectos poco estudiados de las emigraciones, como por ejemplo la sicología del emigrado, la apropiación de una tierra diferente mediante una frecuente *mise en abîme* de la tierra de origen o imaginada, *e in fine*, un modo original de fusión en la nueva patria sin perder la raíz francesa. Esta obra colectiva será una herramienta imprescindible en el esfuerzo actual tan necesario de rescate de la memoria colectiva e individual. Memoria que se (re)construye de los encuentros entre las dos orillas donde, muchas veces, el otro se hizo nuestro y lo nuestro se nutrió del otro.

A la hora de redactar esta presentación, me parece oportuno recordar a Gustavo Delmés, fallecido recientemente. Era el biznieto del mejor cartógrafo que tuvo Santiago de Cuba, Louis François Delmés, cuyo autorretrato está reproducido en la cubierta del libro<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> El autorretrato de Louis François Delmés fue rescatado en 1993 por la profesora María Elena Orozco, presidenta de la Cátedra Montaigne-Montesquieu. Se encontraba en el reverso del plano de Santiago de Cuba de 1861, que ella descubrió. Pero en el proceso de recuperación del documento en el Archivo Histórico Militar de Madrid, desapareció. Por ello, lo reproducimos ahora por haberse convertido en una joya documental, encontrada cuando la profesora hacía su tesis de doctorado.

Se encuentra dividido en dos volúmenes, cada uno con dos partes. La primera, titulada “Género y sociedad actual”, un grupo de autores propone temas relacionados con las cuestiones de género. Pero lo hace a partir de la coyuntura más actual de la sociedad de Cuba y, especialmente, tomando en cuenta que este pueblo se ha dotado de una nueva Constitución. Después de que el abogado bordelés Jacques Brice Momnoughi haya recalcado algunos aspectos de la inserción de dicha Carta Magna en las normas internacionales sobre todo en lo que atañe al principio de igualdad, Mélanie Moreau-Lebert ahonda en los debates producidos durante ese período acerca de las cuestiones de género.

En un estudio imprescindible, la autora caracteriza las interrogaciones y los puntos de vista que surgieron a propósito de la lucha por una verdadera equidad de género, descrita por María Julia Jiménez Fiol al señalar, de manera acertada, los obstáculos que agudizan los retos insoslayables dentro de la sociedad de hoy. En particular, la relación entre género y racialidad que analiza Maricelys Manzano García ubica el tema dentro de la construcción de la identidad racial en Cuba. Entre otros campos, es atinado el análisis propuesto por Kirenía Chaveco Asin mediante una encuesta sobre el proceso de elección de carreras universitarias según un enfoque de género.

Asimismo, interesantes y sugerentes son los trabajos de Mercedes Cuesta Dubln y Ligia Lavielle en campos de la vida artística como las artes plásticas y la música. Ambas aportan informaciones y puntos de vista acerca de las representaciones y comportamientos vinculados al género, al tratamiento de la mujer negra en los pintores santiagueros y la intrusión cada vez más ineludible de los reguetoneros y en qué medida ese modo polémico de expresión impacta en la vida cotidiana.

Este conjunto de estudios, relacionados con la sociedad cubana actual, constituye un aporte de peso para nutrir algunos de los debates más candentes en el presente de la Isla, para tratar de elaborar soluciones equitativas e innovadoras al precio a veces de una conceptualización diferente y más satisfactoria, por ser más justa, para los hombres y mujeres de mañana. Y la contribución de dos especialistas franceses de la hermana ciudad de Burdeos simboliza el intercambio siempre vigente entre las dos orillas, al dialogar en torno a cuestiones ético-sociales en su coyuntura cubana, pero que son universales.

Precisamente, la segunda parte brinda al lector un grupo de diez trabajos que analizan ejemplos de presencia y aportes franceses en la región oriental. Son estudios documentados que completar y enriquecer la trayectoria de las investigaciones desde hace más de medio siglo. Abre esta sección con el tema del mestizaje en Santiago de Cuba, estudiado por María Cristina Hierrezuelo Planas. Fundada en cuestiones genéticas, la autora recalca la importancia del cruzamiento entre europeos y africanos. Pero al lado del componente español, el más conocido, ella muestra lo significativo del componente francés en este proceso de cruce biológico y cultural.

No son pocas las investigaciones sociohistóricas en los últimos años que han mostrado que el café era un marcador decisivo en el papel desempeñado por la emigración francesa en el oriente de Cuba. Este eje temático ocupa, bajo diversos enfoques, seis ponencias brindadas a la sagacidad y la curiosidad de los estudiantes lectores, así como a un público más amplio. En esta perspectiva, Lourdes Rizo Aguilera estudia la arquitectura rural productiva entre Haití y Santiago de Cuba. Su trabajo analiza la contribución cultural de los franceses a la vida del campo en ambas regiones, y expone cómo la arquitectura cafetalera creada por ellos es una muestra patente de un patrimonio agroindustrial auténtico.

En cuanto a Maciel Reyes Aguilera, ahonda en ese campo sugerente de la vida cotidiana en las haciendas cafetaleras desde una perspectiva integral que abarca hasta costumbres y tradiciones aportadas o generadas por esas familias francesas durante la primera mitad del siglo XIX. Esa visión integral requiere ejemplos y estudios de casos. Esto aporta Claudia López Moreno con un estudio preciso de la familia Ribeaux-Girard dedicada como otras tantas al comercio del café en relación estrecha con Burdeos. Y Lianet Godínez Mendoza acude a la misma metodología al hurgar en el partido de Ti Arriba para hacer revivir a las familias francesas más importantes, como los Cape-Lombard.

Para las grandes familias de la clase acomodada, la vida en el campo fue un verdadero paraíso. Este aspecto lo reconstruye Olga Portuondo Zúñiga con una evocación documentada de Luisa Girard de Heredia. Después de su juventud en el cafetal Monte Bello, se hizo esposa de don Domingo de Heredia, también dueño de fincas. Mediante numerosos documentos, correspondencia privada y diarios, podemos conocer su vida cotidiana.

En su viudez sigue viviendo en estos espacios rurales hasta que en 1861 se embarca con su hijo José María para Burdeos y París. Para los Heredia Girard la vida en cafetales fue un edén, y su hijo José María lo expresó en versos como una utopía paradisíaca del imaginario francés.

De café también se trata el estudio de Yaumara López Segrera, dedicado a un texto excepcional, el Manual para el cultivo del café, escrito por el francés de Saint-Domingue Pierre-Joseph Laborie. Allí se destacan por lo menos dos aspectos que hacen de ese texto un documento imprescindible para el que se interese por el Caribe. En primer lugar, la circulación de los conocimientos y de estas técnicas fue una realidad; escrito en Jamaica en 1788 y publicado en inglés en Londres, el Manual se refiere al modo de cultivar el café en Saint-Domingue, y tuvo ediciones cubanas en español en 1810 y 1820. Por otra parte, ese texto se convirtió en documento útil para conocer las técnicas de la caficultura en Haití y en Cuba, y el apego del caficultor francés a la tierra donde trabajaba, generando modos de vida propios.

De esos modos de vida inspirados de Francia tenemos un ejemplo con el arte de la peluquería, estudiado Aida Liliana Morales Tejeda. La cultura en los cafetales tenía una fuerte connotación rural, pero el cerezo causó también el nacimiento de una clase ilustrada urbana en Santiago de Cuba. Esa clase presume de una cultura de las apariencias, modos de vestir, aseo, peluquería, etc., que para ellos debía ser signo de modernidad y buen gusto; todo ello profundamente inspirado por Francia.

En el marco de esa historia compartida con la emigración gala, aparecen numerosas figuras y destinos originales conformados o cambiados por ese contexto. Queda abierta la temática a los futuros estudiosos, pero el presente volumen señala unas pistas al cerrar su segunda parte con las trayectorias de dos personajes muy disímiles, que tienen en común el haber vivido y actuado dentro de ese cruce de culturas. El destino de Manuel de Heredia Ivonnet, militar franco-cubano, es presentado por María Elena Orozco Melgar, quien saca del olvido una vida y obra importantes para el desarrollo urbano y constructivo de Santiago de Cuba. Se apoyó en una serie de planos y documentos inéditos encontrados en archivos de España. Y no podía faltar, en pleno siglo xx, la figura del profesor Prat Puig: ese catalán refugiado en Francia, en el campamento de Agde, en 1939, donde realizó valiosas excavaciones arqueológicas innovadoras. Tuvo que

abandonar el territorio francés ante el estallido de la Guerra Mundial, y se estableció en Cuba donde se convirtió en un cubano más, un intelectual de primer orden, al hacer suya la cubanía, en su obra y en su vida personal.

La tercera parte bajo el título de “identidades en desplazamiento”, da inicio al volumen dos. Reúne una serie de trabajos dedicados a analizar y valorar aspectos diversos de la presencia e influencias de Francia en la vida sociocultural cubana. Unos trabajos anteriores de Alejo Carpentier y de Roberto Fernández Retamar, entre los más prestigiosos, abrieron la vía en los años 70 y 80 de la necesidad de valorar la presencia de Francia en la obra y el pensamiento de José Martí. En este sentido, Reynier Rodríguez, Martha V. Fuentes y José Luis de la Tejera aportan contribuciones de alto interés al estudiar las referencias a Francia en la revista martiana *La Edad de Oro*, y de la presencia en toda su obra de autores franceses tan importantes como lo fueron Molière, Baudelaire y Víctor Hugo. Es otro campo que queda abierto por su importancia y potencialidades, sobre todo la cuestión de la crítica artística, y del electivismo martiano, que acoge lo francés como ingrediente predilecto en el crisol de Nuestra América.

No se podía eludir el concepto de memoria cultural. Por lo tanto, es legítimo que Alicia de la Caridad Martínez Tena recuerde a los lectores que, según su opinión, la verdad histórica se debe buscar desde la Sociología. Se trata de una memoria cultural en construcción. En efecto, esa metodología permite analizar el objetivo de este libro: la otra orilla en la memoria. Se aplica esa preocupación en la construcción de identidades en la contribución de Carlos G. Lloga Sanz, en el cual el autor toma el ejemplo de una comunidad de haitiano-descendientes asentados en el oriente cubano. En esa construcción identitaria los imaginarios etnográficos desempeñan un papel definitorio. La historia compartida entre la imagen de una Haití desaparecida y un presente cubano coexisten en esa construcción.

Las dos orillas tienen por supuesto sus repercusiones tanto en la lengua como en la literatura. Irina Bidot Martínez propone, en este sentido, un acercamiento a la influencia francesa en el español hablado en Guantánamo. Ella se funda en una conferencia ofrecida en 1950 por Regino Boti en la que se calibraba el influjo francés a través de lo que se suele llamar la cultura franco-haitiana, muy presente en esa región.

En el campo de la literatura, ya son varias las obras, de memorias o de relato ficcional, donde aparece la temática que nos ocupa, sea como telón

de foro de la intriga, sea como tema íntimamente vinculado con ella. Ana Vilorio Iglesias escogió, de modo atinado, la obra del primer alcalde de Santiago, don Emilio Bacardí Moreau, titulada *Vía Crucis*, publicada en 1910. Ella señala con razón “el contacto ficcional con la Guerra de los Diez años”, tanto más valioso que sabemos de su actividad personal para ayudar al Ejército Rebelde. *Vía Crucis* es una mina de descripciones de la vida y del sentir de los franceses, lo que convierte esa obra en una fuente generosa de informaciones. Un relato es, a menudo, mucho más comunicable que una crónica descarnada. La novela de Bacardí tiene mucho que ver con lo que llamamos ahora la autoficción.

En la segunda mitad del siglo xx, Francia y Cuba poseían una rica historia común en el campo del cine. David Eduardo Silveira Toledo analiza lo que llama “los encuentros y desencuentros” de esa historia compartida y valora para los futuros investigadores el reto atractivo que representa el acercamiento al cine cubano en sus contactos con el cine francés. Un rico material de más de cien años existe y los espera, ofreciendo grandes expectativas a los aficionados al séptimo arte, tan importante en su impacto en la construcción y la expresión de una fuerte cultura popular.

Nos llamó siempre la atención el proceso de hispanización fonológica en no pocos apellidos franceses en su inserción en la sociedad criolla de Cuba. Ese proceso acudía a varias formas técnicas que no llegaban a ocultar el apellido original. Uno de las más poéticos en su evocación semántica, es sin dudas, Lachatañeré (derivado del francés La Châtaigneraie, El Castañar en español de Castilla). Pero esa digresión del prologuista no oculta que fue otro el motivo que Ada Lescay le otorga a la figura de Rómulo Lachatañeré Crombet, a saber, uno de los más importantes promotores de los estudios llamados afrocubanos por los años treinta. La investigadora destaca en la producción del autor del *Manual de santería* sus aportes a la conceptualización de fenómenos religiosos en Cuba, lo que constituye una vía fértil si consideramos que trabajar con conceptos es mucho más productivo que con definiciones.

El panorama cultural de Santiago de Cuba tuvo lugares que promovieron los valores de la nación: el teatro Oriente fue uno de ellos. Annia Zayas Sánchez recalca la actividad de ese espacio polifuncional que, entre otras, desarrolló una línea cinematográfica asumida por la Empresa Hispano-Francesa. Otro referente cultural donde la memoria se impone

es el cementerio patrimonial Santa Ifigenia. Su reconocida imagen social es caracterizada por Pedro Manuel Tejera Escull que muestra cómo llegó a ser una verdadera institución en la sociedad cubana: destino de peregrinación, espacio de reflexión histórica y de memoria hacen de ese lugar donde descansan figuras supremas de la nación un espacio sagrado para el pueblo entero de Cuba con todos sus componentes.

La cuarta parte de esta obra dirige la mirada hacia el mundo y las problemáticas de las representaciones. Los trabajos de Etna Cecilia Sanz Pérez, María Teresa Fleitas Monnar, José Miguel Ríos García y Luisa María Ramírez Moreira se refieren a la obra artistas cubanos del siglo xx: Dulce María Serret, Guillermo Collazo Tejada, Reynaldo Pagán y unos pintores ingenuos hasta el grupo Bayate, respectivamente.

La figura de Guillermo Collazo Tejada, nacido en Santiago de Cuba en 1850 y fallecido en Francia en 1896, es emblemática puesto que las influencias que recibió en ese país no le convirtieron en un “afrancesado”, sino que como lo muestra María Teresa Fleitas no perdió su esencia cubana, de lo que varias facetas y acciones suyas son pruebas fehacientes, incluyendo la ayuda directa a favor de la independencia cubana. Por su parte, la gran artista y educadora Dulce María Serret (fallecida en 1989) es un excelente exponente de la influencia de las academias francesas. Etna Sanz Pérez analiza cómo se expresa esa influencia a partir de dos retratos de la también fundadora del Conservatorio de Música, que le dan al retrato una función de expresión social múltiple que lo convierte en un manifiesto o testimonio de una época. El retrato supera su objetivo primero de apresar los rasgos físicos del personaje pintado para convertirse en una red de significaciones sociales.

De la generación nacida en los años 70 del siglo xx, José Miguel Ríos analiza las influencias y características del pintor y dibujante santiaguero Reinaldo Pagán (1971), al buscar y calificar las influencias francesas en un conjunto de obras que convocan temas y símbolos de la historia del arte universal y francesa. Es interesante cómo Pagán acude al citacionismo con objetivos críticos acerca de coyunturas actuales de este país. Esa técnica de profundo alcance satírico a veces, denunciador en otras, está también en la mira de los debates actuales acerca de la autenticidad de la obra de arte.

Desde Rousseau a Bayate, hay toda una trayectoria, nos parece sugerir Luisa María Ramírez Moreira al estudiar la temática del arte naif, tan

presente en oriente cubano. El legado del famoso aduanero francés es innegable, pero con temas completamente diferentes, por ser ante todo el arte naif un arte popular. En la historia del arte ingenuo de Cuba hay numerosos santiagueros: la autora señala a creadores como Rafael Moreno, Felisindo Iglesias, Uver Solís y Ruperto Jay Matamoros, entre otros, como brillantes representantes de los años 40. Esta manifestación sigue viviendo hoy más que nunca, con la fuerza creadora del grupo Bayate (proyecto nacido en 1994). Una vez más, como no pocos estudios reproducidos en este libro lo han señalado, la precoz influencia francesa no obstaculizó el camino hacia la más genuina cubanía.

Si bien se ha señalado el escenario de la vida francesa o francófila en la red de los cafetales serranos, no se puede soslayar que la ciudad de Santiago de Cuba constituyó en la primera mitad del siglo XIX el escenario privilegiado de la coexistencia entre españoles y franceses. Por ello, el texto de Jorge Abdala Franco se dedica a la descripción de los espacios públicos y domésticos de la ciudad: calles y casas del centro de la urbe hablan mucho de las relaciones de los habitantes con su entorno inmediato. El autor escoge el período 1800-1868, y coteja para fuentes brindadas por las investigaciones recientes, relatos de viajeros e iniciativas del poder colonial.

Desde varios decenios, Francia fue el escenario de manifestaciones destinadas a presentar y explicar grandes aspectos de la cultura cubana. Hubo, entre otras, semanas de la cultura de Cuba en la Unesco, pero también, en la ciudad y la región de Burdeos una serie de manifestaciones en los campos de la música, de las artes plásticas y otros modos de expresión artística enmarcados dentro de los intercambios históricos establecidos entre el oriente de Cuba y la región francesa de Aquitania, especialmente con la ciudad de Burdeos. Así permanecen en el recuerdo una serie de festivales llamados “Primavera cubana” en Burdeos, y exposiciones y conferencias al margen de numerosos coloquios organizados en el marco universitario, asociativo e institucional.

En este libro se recuerdan dos eventos especiales, diferentes pero altamente significativos, que marcaron de forma indeleble la historia de esos vaivenes culturales entre las dos naciones. En primer lugar, Ramiro Ramón Lara remoja el recuerdo del viaje audaz que hizo el Salón de Mayo de París a La Habana, en un momento en que Cuba anhelaba una apertura al mundo a pesar de los contextos difíciles que estaba viviendo (1967).

Los cubanos no han olvidado el gran mural del Pabellón Cuba, conocido para siempre como “Cuba Colectiva”. El autor muestra cómo se quedó en la memoria como puente cultural con Francia y como acción de propaganda política en el contexto cubano de los años sesenta.

El segundo evento que estableció otra categoría de puente cultural fue el que se organizó en París en un espacio tan prestigioso como el Museo del Petit Palais en 1994 con el título de “Art Taíno”. Beatriz I. Dávila Abreu lo califica, con razón, de acontecimiento trascendente. Casi desconocido en Europa, el arte de los escultores taínos constituyó una revelación en las orillas del Sena. Además de su alto interés estético, ese arte precolombino sugiere un nuevo escenario para los investigadores de la identidad y nos habla, de forma artística, de estatus, compromiso, poder, veneración, mentalidad, ideología y creatividad en los pueblos autóctonos de la región en que se iba a fundar la Cuba de la conquista europea y de las migraciones forzadas de africanos. Un viaje a la semilla del Caribe moderno que propone también un campo de investigaciones futuras que conviene ampliar en ambas orillas.

La influencia francesa no se dio solo en Cuba, sino en todo el Caribe, en particular en México desde la época colonial. En el campo de las artes, es conocida la Academia de San Carlos de México (creada en 1781 lo que hizo de ella la primera en el Caribe). A su vez, constituyó un modelo para la Academia San Alejandro de La Habana (la segunda en el Caribe, creada en 1818). Por ello, el estudio de las influencias francesas en San Carlos de México constituye una extensión imprescindible de los objetivos de este libro. Por este motivo, es sumamente interesante el aporte de Tania García Lescaille quien, al acudir a las fuentes primeras de los catálogos de exposiciones en México, permite valorar el alcance de la presencia francesa tanto en las técnicas utilizadas como en la enseñanza artística de las dos Academias.

Este volumen se cierra con unas consideraciones valiosas de María del Carmen Tamayo Asef acerca de las problemáticas planteadas por la comercialización de arte. La autora analiza la cuestión desde una mirada institucional y, en concreto, apunta su mirada a Santiago de Cuba durante el último lustro. Dejando aparte las generalidades sobre el mercado de arte, ella caracteriza el contexto artístico local. En su ensayo, se destacan

sus consideraciones sobre el trabajo de especialistas en el sistema de galerías, así como las especificidades del coleccionismo en el contexto de la sociedad actual.

**Dr. Jean Lamore**

Profesor emérito de las Universidades de Bordeaux-Montaigne y de Oriente (Cuba),  
Presidente de Honor de la Cátedra de Estudios Franco-cubanos y Caribeños Montaigne-  
Montesquieu (UO), Miembro de la Academia de Historia de Cuba